

BONAPARTE

EL AMO DE LOS DINOSAURIOS

Sebastián Apesteguía
Stella Maris Alvarez
Adrián Giacchino



M VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

umai Universidad
Maimónides

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Capítulo 7

El impulsor de vocaciones

Por Rubén Barquez

Se conoce a José Bonaparte por su gran obra científica, sus descubrimientos y por los discípulos que efectivamente tuvo, pero poco se dice de aquellos a los que él impulsó en su carrera sin ser necesariamente su director formal.

Pasados ya algunos años desde el inicio de mi vida académica en la biología, he tenido la oportunidad de ser invitado, en diversas circunstancias, para ofrecer charlas sobre mi trayectoria profesional. Eso ha sido algo así como un toque de la magia que te imprime la vida cuando ya te has puesto viejo; entonces tu mundo, o apenas una parte de él, comienza a decirte que se interesa por lo que has hecho. Este tiempo, casi en el extremo último de la cuerda de la vida, es propicio para ejercitar la memoria para no perderla y así, ante la solicitud de Sebastián, para que le comente mis recuerdos sobre el profesor Bonaparte, es que me puse a revisar esas historias contadas, donde encontré diversas fotografías del maestro, junto a otros, a quienes menciono en esos relatos como mis “referentes”.



Rubén Barquez. Foto del autor.

Las imágenes que tengo de aquellos tiempos muestran a Claes Olrog, Michael Mares y José Bonaparte. Una especie de “triada” de maestros a la cual más tarde se sumó la figura de Osvaldo Reig quien, casualmente, fuera uno de los impulsores de la carrera académica de Bonaparte. Cada uno de ellos entró en mi vida de tal manera que hoy los recuerdo como figuras que han movilizado mi mente para que siguiera, a pesar de las adversidades, por este camino de la biología. Olrog, Mares y Reig fueron mis maestros académicos, fuertes motores de mi carrera, afectos inolvidables. El “Bona”, por su parte, no estuvo en esa lista formal de lo académico-científico, sino en la de otros valores, como la convivencia, el ejemplo, el modelo, la circunstancia, la amistad, el afecto.

El Lillo, donde Bonaparte vivió una de las etapas importantes de su vida, que lo llevaron en parte a ser la figura trascendente que fue para la ciencia, era para los estudiantes un ámbito difícil de entender, un poco confuso para quienes habíamos ingresado a la carrera de Biología, a fines de los años 1960, en la que entonces se denominaba Escuela Universitaria de Ciencias Naturales, y no llegábamos a ser una Facultad.

En ese espacio, algunos estudiantes ingresados hasta principios de los ‘70, comenzábamos a interesarnos por saber quiénes eran nuestros profesores, aquellos que construían la ciencia desde esos gabinetes, aulas y laboratorios, ubicados en el predio “lilloano”. Quienes ingresamos a la vida universitaria por entonces nos acostumbramos a ver, en los jardines, las reconstrucciones de animales del triásico, que incluían a la del famoso *Herrerasaurus ischigualastensis* colectado en 1958 en una expedición liderada por Osvaldo Reig y en la cual participó José Bonaparte, quizás una de las primeras expediciones de colecta a la que se uniera tras ser incorporado a la planta de científicos del Lillo.

Como los fósiles siempre han sido un fuerte atractivo para los estudiantes vocacionados por el estudio de las ciencias naturales, y estimulados por las reconstrucciones de unos cuantos de ellos en los jardines (ver Capítulo 16), algunos de nosotros intentamos averiguar su origen y razón, por lo que nos enteramos que en parte el responsable era un tal Osvaldo Reig, quién había sido el fundador de la Colección de Paleontología de Vertebrados del Lillo en 1958, pero se había retirado en 1960. Las historias sobre las motivaciones de tan corta estadía de Osvaldo Reig en la Universidad Nacional de Tucumán fueron surgiendo con los años, especialmente a partir de charlas mantenidas con Olrog y con Bonaparte, eran diferentes de las versiones “oficiales”, pero no constituyen motivo de este escrito.



Extracción de los restos fósiles del dinosaurio *Herrerasaurus ischigualastensis*.

En la foto, a la izquierda, de boina, José Bonaparte, en el centro, el gran técnico Galileo Scaglia y a la derecha Victorino Herrera. Al pie de Bonaparte, una pava tiznada y detrás un soplete de combustible seguramente utilizado para ayudar a fraguar el yeso más rápidamente.

Foto de J. M. Gómez; coloreada y provista por Rubén Barquez.

Tras la partida de Reig, la sección de Paleontología de Vertebrados quedó a cargo de Bonaparte y con su labor, desarrollada durante varios años, la Fundación-Instituto Miguel Lillo de la Universidad Nacional de Tucumán, se transformó en uno de los centros paleontológicos más importantes del país. Los estudiantes ya habíamos comenzado a reconocer a algunas de las personalidades científicas del predio, y sentíamos que no era justicia que nuestra carrera no estuviera enmarcada en el ámbito de una Facultad de Ciencias Naturales y también que no supiéramos quienes eran los investigadores y profesores que asistían a las aulas para educarnos. Así, nucleados en un Centro de Estudiantes, procedimos a solicitar a los investigadores que habitaban los edificios de la manzana, que nos donaran ejemplares de sus artículos publicados, para nutrir con ellos a nuestra biblioteca y facilitar a los estudiantes el conocimiento sobre quiénes eran los científicos que coexistían con nosotros y cuáles eran los temas que investigaban.



Esculturas en el jardín botánico del Instituto Miguel Lillo.

Foto del Departamento de Comunicación y Jardín Botánico,
en <http://www.lillo.org.ar/muestras-digitales/2021-esculturas-del-jardin-botanico>.

Esa inquietud no fue muy bien interpretada por algunos docentes investigadores y se difundió un errado mensaje acerca de que un grupo de “atrevidos estudiantes” pretendía, sin sustento, juzgar a sus profesores mediante el análisis de sus publicaciones. A pesar de ello recibimos una pila de separatas, pero procedentes de apenas un reducido número de docentes investigadores, entre ellos Bonaparte, Gavrilov, Golbach, Laurent, Olrog, Seeligman y Willink. Fue entonces cuando se produjo mi primer encuentro personal con Bonaparte ya que fuimos a agradecerle su buena disposición por el envío de

las separatas, lo que él aprovechó para enseñarnos a adquirir los artículos de investigadores de cualquier parte del mundo, por medio de enviar por correo postal una tarjeta solicitándoles el envío de sus artículos, además de la inclusión de nuestro nombre en su “lista de correspondencia” para futuros envíos automáticos.

La preocupación por la figura de Bonaparte se reforzó cuando entendimos que él no podía transmitirnos sus conocimientos de manera formal, es decir, como profesor, debido a que no tenía un título habilitante. Así, el estudiantado, junto a un grupo de profesores, comenzamos la campaña para que la Universidad lo reconociera como “*Doctor Honoris Causa*”, lo que se hizo realidad en agosto de 1974 y se conoció, casualmente, durante el desarrollo del Congreso Argentino de Bioestratigrafía y Paleontología que era en parte organizado por el propio Bonaparte.

Esto abrió la posibilidad para que Bonaparte fuera incorporado como profesor titular de Paleozoología en 1975. Yo había cursado la materia el año anterior, el último de mi carrera de licenciatura, pero tuve la fortuna de poder asistir a algunas de sus clases teóricas, dictadas como profesor formal.

Luego vino el golpe militar de 1976 y muchos emprendimos caminos diferentes, con desencuentros y cambios de destinos. Así fue que, en 1977, probablemente en diciembre, mientras me encontraba transitando una beca en el Museo Carnegie de Pittsburgh (CMNH), Estados Unidos, alguien vino a mi oficina para contarme que en el subsuelo se encontraba un argentino “mirando huesos”. Intrigado, salí de mi oficina, bajé al subsuelo del edificio principal del museo y me encontré de frente con el mismo Bonaparte. Ambos nos miramos sorprendidos, pero no nos reprimimos para darnos un abrazo; casi muero de emoción, especialmente en aquellos tiempos cuando viajar fuera del país era tan difícil, y viviendo en una ciudad donde no se hablaba castellano, y no existían las facilidades de la comunicación de hoy en día. Poder ejercitar tu idioma, y con alguien tan cercano e importante como Bonaparte, fue un lujo y un regalo para mi vida. Así, nos quedamos hablando, fuimos a almorzar juntos en la cafetería del museo, y en ese momento él, intrigado, me preguntó cómo había hecho para estar en ese museo tan importante con una beca. Le expliqué el procedimiento, que entonces existía en el CMNH un tipo de beca denominada “*Visiting Museum Specialist*”, para cualquier área de las ciencias. Me comentó que tenía un potencial candidato para esa beca y mencionó su nombre, Jaime Powell (1953-2016), quien más tarde la obtuvo y finalizó su doctorado bajo la dirección de Bonaparte.



Jaime E. "Jimmy" Powell.

Fotografía del portugués Artur Sá, publicada por el INSUGEO en ocasión de su deceso en 2016.

A mi regreso a la Argentina, en 1978, Bonaparte ya se había marchado a Buenos Aires para hacerse cargo de la Sección de Paleontología de Vertebrados del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia". Sin embargo, no dejó de visitar Tucumán periódicamente y se produjo, desde entonces y hasta el final de sus días, una relación en la cual "Bona", cada vez que venía a Tucumán, me regalaba un par de horas visitándome en mi oficina para charlar de temas diversos y, en especial, para hacer conmigo un intercambio de nuestras respectivas publicaciones. Este tema del intercambio, él lo usaba para bromear haciéndome recordar un episodio sucedido a principios de nuestra relación: en aquella oportunidad en que nos enseñó a pedir separatas por correos, yo lo hice y pedí las separatas de un paleontólogo (no recuerdo ahora su nombre). Cuando estas separatas llegaron a mí, en un sobre repleto de artículos, sentí que esos artículos sobre paleontología "no eran tan necesarios para mí". Entonces me fui a la oficina de Bonaparte, en el primer piso del edificio, y muy cándidamente le dije: "*Profesor, le regalo estas publicaciones que a mí no me sirven*"... Él abrió el sobre, miró las separatas, volvió a guardarlas y extendiendo su mano me las devolvió y dijo "*Todo sirve*". Desde ese momento construí una base de datos que mantenemos en el PIDBA (Instituto de Investigaciones de Biodiversidad Ar-

gentina) conteniendo todas las separatas que llegaron desde entonces, fichadas, ordenadas por número, y de todas las temáticas.

Para finalizar estos recuerdos, una de las más impresionantes situaciones que he vivido en el Lillo, relacionadas con Bonaparte, fue un día, no recuerdo el año, en que vimos un amontonamiento de personas en las afueras de una de las salitas del segundo piso y, de pura curiosidad, nos acercamos con un par de compañeros a ver qué pasaba. Simplemente era que adentro estaba, ofreciendo una conferencia para un reducido número de personas, el mismo George Gaylord Simpson, que había venido a Tucumán a visitar al profesor Bonaparte.

Sin embargo, lo más trascendental de lo que Bonaparte me dejó, fue su confianza en mí y su estimulación para que siga el camino de las ciencias. En un entorno y en tiempos en los que los estudiantes no recibíamos muchos estímulos para intentar considerar al CONICET como potencial fuente laboral, bajo la argumentación de algunos docentes de que “era difícil”, Bonaparte predicaba en el sentido contrario. Un día le pregunté si él pensaba que yo podría aspirar a una beca del CONICET ¡y me respondió que no!, tras de inmediato aclarar que yo debería presentarme como investigador y dedicarme a terminar una tesis doctoral. Entonces me presenté como candidato y el Directorio me incorporó como Investigador Asistente. Siempre agradeceré este estímulo de Bonaparte que ha sido la razón principal para que yo haya seguido en la carrera de Mastozoología.

LECTURAS SUGERIDAS

- Aceñolaza, F. G. 1989. La Cuestión del Lillo: aporte a una secuencia histórica. Serie Monográfica y didáctica Nro 5, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, 32 páginas.
- Barquez, R. M. y M. M. Díaz. 2014. Historia de la Mastozoología Argentina. Pp. 15–50, en: Historia de la mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe (J. Ortega Reyes, J. L. Martínez y D. G. Tirira, eds.). Editorial Murciélago Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología. Quito y México, D. F.
- Barquez, R. M., M. M. Díaz, M. F. López Berrizbeitia y M. I. Mollerach. 2021. Colección Mamíferos Lillo: un manual de procedimientos para la preparación y conservación de mamíferos y anexos. PIDBA Publicaciones Especiales N° 6, 56 páginas.

EL AUTOR: Rubén M. Barquez es director del Instituto PIDBA, Profesor Consulto de la Universidad Nacional de Tucumán y Miembro Honorario de la American Society of Mammalogists y de la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos.

